

Antoine Compagnon,
Literatura para quê?
Belo Horizonte
Editora UFMG
2012
76 pp.



¿Literatura, adónde los chicos corren espantados?

Joaquín Correa¹

Recibido: 14/10/2013
Aceptado: 28/11/2013

I.

Antoine Compagnon se hace cargo de la cátedra de Literatura moderna y contemporánea en el Collège de France e inaugura con la lectura de “La Litterature, pour quoi faire?” no sólo el ciclo lectivo de ese año sino todo el periodo futuro en el cual él ocupará ese cargo soberano. Hay algo entre contradictorio y masturbatorio en ese gesto: en uno de los lugares más prestigiosos de la literatura en Occidente, en uno de los centros del saber con más poder, con una sala llena de futuros redactores de *papers* subvencionados por las generosas arcas de la Unión Europea, Compagnon llega y se pone a hablar acerca de la utilidad o la finalidad de la literatura hoy en día. El propio lugar de enunciación dota al discurso a pronunciar de un gesto culposo, nulo e inútil y hasta inocente: es el centro real y metafórico de París, capital de uno de los dos sostenes de la Unión Europea, donde el saber y el poder se manifiestan como singularidades indistintas. Compagnon habla a un auditorio amable: todos esperan que diga eso que va a decir, una predecible defensa de la literatura en nuestros tiempos. Alejarse del centro, ir hacia la *banlieue*, hubiera dispuesto las cosas de otra manera. Y él lo sabe:

¹ Prof. en Letras (UNMDP). Contacto: joaquin_medio@hotmail.com

Outro dia, surpreendia três meninos parados na porta de uma livraria, como se fosse um local suspeito; um deles protestava orgulhosamente: “Nunca abri um livro na vida. Você me faz entrar justo aí dentro!” (55).

Ese es el punto ciego, el ruido blanco, de su relato: un grupo de chicos, en la puerta de una librería, más allá de los límites del Collège de France, esto es: en la *banlieue* mítica del intelectual y su campo de poder, no sólo rechazan los libros sino que les huyen como si fueran una maldición.

Un grupo de chicos más allá de la literatura: la amistad no necesariamente pasa por la literatura en ese tiempo idealizado del hombre. Un grupo de chicos escapa a los territorios de la lectura y con ello al ideal proustiano de *Días de lectura* que el mismo Compagnon toma a su cargo: “Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito”. Un grupo de chicos en la puerta de una librería, más acá del espacio de la literatura, es más fuerte que todo el conjunto de la literatura francesa moderna y contemporánea que Compagnon defiende y enarbola desde el púlpito del anfiteatro del Collège de France. Si había que preguntarse el para qué de la literatura, había que empezar por ahí. Había que volver a leer y escribir esa escena, hacerla imposible.

II.

Antoine Compagnon estructura su presentación a partir del recuerdo proustiano y de su narrativa para, ya una vez dentro, definirse en un lugar menor –la vieja y remanida *captatio benevolentia*– entre sus predecesores, esos “grandes nomes que ilustraram a literatura francesa moderna no Collège de France” (12), pero sabiéndose parte de esos “senhores” y siendo plenamente consciente de lo que significa este momento de consagración.

Por qué, cómo y para qué hablar de literatura francesa en el siglo XXI: ésa es la preocupación explícita de Compagnon. Para nosotros, esas preocupaciones traerían otra, tal vez más profunda, más fundamental: la relación centro-periferia. Pero Compagnon esquiva ese debate, se cierra sobre el eje de lo francés-europeo y sigue de largo: las estructuras parecen volver al hermetismo y afirmar que sí, que nunca saldrán a la calle.

El análisis indaga primero en la elección por uno de los dos enfoques históricamente posibles, sincronía y diacronía, para concluir en la elección de un punto medio, allí donde la historia y la teoría signifiquen preocupación por el contexto y atención para con el otro. De ahí pasa a revisar las relaciones entre literatura y modernidad y, más precisamente, los valores que la literatura puede transmitir al mundo actual, cuál debe ser su lugar en el espacio público, si es útil para la vida o si debemos defender su presencia en las escuelas. Los usos y el poder de la literatura es lo que hay que investigar, dice Compagnon, cuando en realidad todas estas cuestiones no son sino expresiones del poder. Todo uso manifiesta y revela un poder. Hablar de los valores, la utilidad, el lugar en el espacio público o la presencia en las escuelas es olvidar que todas estas cosas son manifestaciones del poder, es desviar la atención del propio discurso del poder, que no es sino aquello que ha hecho posible que Compagnon estuviera ahí, inaugurando sus lecciones en el Auditorio del Collège de France.

Compagnon afirma que la literatura “nos torna sensíveis ao fato de que os outros são muito diversos e que seus valores se distanciam dos nossos” (60). Hay, en esa seguridad un acercamiento y una distancia: el otro sigue siendo el Otro, el no lector permanece en los territorios oscuros y densos de lo ajeno. La literatura diferencia, el lector

es una persona mejor y leer es la manifestación de una jerarquía y el común denominador de un grupo de elite. Ese es el lado “b” del discurso del Collège de France. “A literatura não é a língua da alusão? (...) Alusão é, portanto, exclusão” (27): la literatura es un factor de exclusión. Gran parte de la población no ha desarrollado un gusto por la literatura: entonces, la literatura no es indispensable, la literatura es sustituible. ¿Es eso una pérdida? Quiero creer que sí. Porque hay una fuerza en la lectura y en la escritura que es indescriptible e intransferible: una fuerza de concentración y de acción, un placer y un goce. El fin de la literatura no es otro que ese: el de descubrir esa fuerza y su vida dentro nuestro y sabernos parte de lo social al compartir la experiencia de esa manifestación. El valor de la literatura es el valor de lo humano compartido, el de la simpatía y el de la amistad, su lugar en el espacio público es cada vez menor pero por ello más fuerte y consciente de sus alcances y posibilidades, su utilidad está en la reunión del individuo consigo mismo y con los otros y su presencia en la escuela estará dada en tanto ella no pretenda imponer algo externo y ajeno a los chicos sino en tanto posibilite los deseos de narrar sus propias vidas y las de su entorno. ¿Acaso estas posibles respuestas eran muy lejanas a Antoine Compagnon? No: estaban concentradas en la huida de la librería de aquel grupo de chicos.

III.

La pregunta “Literatura para quê?” es una pregunta política: es una interrogación que se detiene en el poder, en lo humano, en lo social, en la posibilidad de otra realidad. Preguntarse por la finalidad de la literatura ya lleva implícita su existencia y su existencia – la posibilidad de su existencia– se da en el marco de una determinada configuración de los sujetos en cierta sociedad. Preguntarse por el para qué de la literatura es preguntarse sobre su posibilidad, sobre sus posibilidades. Y también: por sus responsabilidades. La literatura es la máxima reunión de los mundos posibles de los individuos. Otros mundos y no éste: ésa es la utopía en movimiento perpetuo e incesante. Ahí su poder, ahí su peligro.

IV.

Compagnon sostiene que es el conocimiento literario –en tanto proyecto de conocimiento del hombre y del mundo– el que se nos impone defender y para adoptar una estrategia acorde a nuestros tiempos y situaciones pasa revista de cuatro atribuciones históricas del poder de la literatura en la vida del hombre:

- a. Definición clásica, desde la antigüedad griega al periodo medieval: la literatura enseña deleitando.
- b. Durante el Siglo de las Luces y hasta el siglo XX: la literatura es un remedio que libera al individuo de las sujeciones a las autoridades, de la ignorancia, del pensamiento religioso; es un poder frente al poder; es un antídoto frente a la fragmentación de la experiencia en la sociedad moderna.
- c. Desde fines del siglo XIX y sobre todo desde la poesía: la literatura corrige los defectos del lenguaje ordinario al tiempo que va más allá de sus posibilidades de expresión, haciéndonos más inteligentes.
- d. Durante el siglo XX hasta nuestros días: la literatura no debe ser sometida a ninguna finalidad instrumentalizadora exterior a ella sino sólo debe considerársela como un pasatiempo, un placer, que se encuentra entre la manipulación de los grupos dominantes o la liberación.

Luego de esta enumeración y su análisis, Compagnon describe la escena ya relatada más arriba del grupo de chicos. Es ese movimiento el que debe comprender la literatura ahora: abrir sus límites, cercenar sus limitaciones, e incluir a los sujetos que su historia fue dejando de lado. Ésa debe ser la posición de la literatura, pero para enunciarla el discurso no puede venir del empíreo cielo del Collège de France. O sí, pero debe ser seguido de la urgente praxis. Y así, las instituciones educativas, universidad y escuela en este caso, volverán a formar parte del mundo y de la vida cotidiana de sus individuos.

V.

Haber asistido al Aula Inaugural de Antoine Compagnon o, ahora, leer su transcripción es estar frente a las diversas manifestaciones del poder posibles en las arenas de la literatura. Ya dentro del anfiteatro parisino, Compagnon se dirige primero al “Senhor Administrador, Senhoras e Senhores professores” y luego, mucho después, a un indefinido “Senhoras, Senhores”, grupo en el cual podemos suponer a los estudiantes: he allí la jerarquía de sujetos en el seno de la Institución. Su exposición se limitará casi exclusivamente a la lectura (nunca a la escritura, ni por acaso) de la literatura francesa y, en menor medida, europea:² he allí el acceso y las regiones permitidas de la Literatura para los legos. Todo esto guarda, no tanto para aquellos pasivos escuchas últimos, los estudiantes del Collège, sino tanto más para nosotros, lectores latinoamericanos, una increíble semejanza con un paseo apacible por el Louvre: la sensación de estar frente a la Gran Tradición Francesa y Europea y no formar parte, recorrer esos pasillos abarrotados de cuadros y esculturas, con todos los fragmentos saqueados del Egipto o la Mesopotamia, y no formar parte: peor aún, no ser siquiera concebidos dentro de una cálida bienvenida. El Aula Inaugural de Compagnon es una exposición del diagrama del poder central del saber intelectual francés y nosotros lo leemos en una isla al sur del sur.

En un lugar olvidado de Buenos Aires, frente a un grupo de auditores de seguro mucho menor que el de Antoine Compagnon, y hace casi ochenta años Jorge Luis Borges decía, en “El escritor argentino y la tradición”, que los argentinos, los sudamericanos en general, “podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas” (Borges 1986: 136). Esa irreverencia es toda una política de la periferia frente al centro, es una posición de lectura y escritura frente a los siglos heredados de memoria occidental. En ese camino, nosotros, habitantes de una isla al sur del sur, encontraremos la respuesta que hará de la literatura un arma cargada de presente, una acción que supere la lectura solitaria y solipsista, “un movimiento que, partiendo de sí, va hacia los otros. Es lo que yo llamo simpatía, esa especie de proyección y, al mismo tiempo, ¡de llamada!” (Perec 2012: 86). Esa llamada que, desde dentro de una librería perdida en la ciudad, atraviese las paredes y salga para atraer hacia sí a un grupo de chicos que huyeron corriendo espantados.

Bibliografía

- Borges, J. L. (1986), *Discusión*. Buenos Aires: Emecé.
 Compagnon, A. (2012), *Literatura para quê?* Belo Horizonte: Editora UFMG.
 Perec, G. (2012), *Nací*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

² Las únicas excepciones son Harold Bloom, crítico representativo y defensor de “Lo Occidental” e Italo Calvino, nacido cubano pero nacionalizado italiano: es decir, sino europeos, hijos adoptivos por propia elección.